



DISCURSO MORAL

SOBRE EL TIEMPO COMPARADO CON LA ETERNIDAD.

Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientiâ, et gratia Dei erat in illo. Luc. 2. 40.

El infante crecía y se fortificaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

SEÑORES:

Así habla el evangelista S. Lucas del Unigénito de Dios hecho Hombre. ¿Y podrá decirse de nosotros que crecemos en sabiduría, á proporcion que

avanzamos en la edad? Aun de Jesucristo, que es la sabiduría por esencia, ¿cómo puede afirmarse? ¿La divinidad, por ventura, puede recibir aumentos? Desde el primer instante de su existencia humana ¿no residía en él, segun S. Pablo, la plenitud de la divinidad? ¿Cómo podía crecer? ¿Cómo aumentarse? A esta gravísima dificultad responden los santos doctores, que la gracia de Dios, que estaba en Jesucristo como en su fuente, se manifestaba poco á poco, y la sabiduría, de quien él mismo era el tesoro, no aparecía á los ojos humanos sino por grados y como con medida, á proporcion de su edad. Como nació para exemplar y modelo nuestro, quiso de ordinario serlo en todas las edades; y á este fin suspendió al principio en cierto modo las operaciones misteriosas é inefables de su divinidad. Como su cuerpo no crecía sino con los años, parecia que su alma se perfeccionaba en sus opera-

ciones á proporcion del cuerpo. ¡Bella leccion de progresos sucesivos; que deberiamos adoptar diariamente nosotros en orden á la virtud!

Pero la lástima es, que á proporcion que nuestros años se aumentan, acumulamos con ellos nuevos crímenes. Al paso que se fortifican nuestros miembros, nuestros hábitos viciosos se radican; y mientras mas se descubren los conocimientos de nuestra mente y los sentimientos de nuestro corazon, mas imperio sobre todo toman las pasiones. "Asi pasa el tiempo, dice un sabio, y nosotros con él, y asi llegamos al término fatal de nuestra vida, sin haber meditado seriamente el fin para que nos fue concedida. Parece no creemos una eternidad, en la cual debemos entrar despues de esta vida; ni que el uso que de esta vida hicieremos debe decidir de nuestra suerte eterna. ¡Qué aturdimiento! ¡qué estolidéz perder de vista tan importantes verdades!"

No será pues fuera de propósito procurarlas fixar profundamente en vuestro espíritu y en vuestro corazon. Una eternidad, un instante; ¡qué infinita distancia! Yo no separaré estas dos ideas. Ellas son bien propias á despertar nuestra atencion. Aprendamos pues por la eternidad lo que es el tiempo. Es de fe que hay una eternidad: luego respecto de ella todas las cosas temporales son nada: primera parte. El tiempo es el precio de la eternidad: luego nada hay mas precioso que ella: segunda parte. Imploremos las luces del Espíritu Santo &c.

Puer autem crescebat &c.

Entre las cosas criadas, nada hay de una parte mayor que el hombre; pero de otra nada hay mas despreciable. ¡Extraño contraste de grandeza y de

Tom. XV.

I

miseria ! Siendo aun menos que la nada , dice el salmista , lleva no obstante sus deseos hasta lo infinito ; mas débil que una paja que arrebatada el viento , se eleva por una especie de sentimiento interior á los mas sublimes proyectos. ¿ Qué significa esta aparente contradiccion ? ¿ Por ventura al formar el hombre , le daría el Criador esta sed insaciable de felicidad , ligando en él tanta debilidad con pensamientos tan sublimes , para inducirlo á una funesta desesperacion ? Lejos de aqui esta idea , verdaderamente blasfema , y solo á propósito para representarnos como tirano al mejor de los padres. ¿ Pues porqué un Dios que nos ama , y que quiere busquemos nuestra eterna felicidad , nos rodea de todas partes con miserias , y como acometidos de la muerte ? Hé aqui la prueba mas sensible de la verdad que os he propuesto. ¿ No es esto ponernos á la vista , que despues de esta hay una vida eterna , la cual

en cierto modo debe inspirarnos el desprecio de la presente ?

Notad , os ruego , como se sostienen mutuamente las verdades de nuestra augusta religion. Atormentado el hombre por un deseo impetuoso de ser feliz , se agita en vano por hallar esta felicidad , por la cual incessantemente suspira. Si la busca dentro de sí mismo , su propio interior , dice S. Agustin , lo desalienta y lo rechaza ; si en lo exterior , todos los objetos lo resisten y lo privan de esperanza. De aqui saco con este santo doctor las siguientes consecuencias : luego lo que puede hacernos felices no existe sobre la tierra : luego la tierra en orden á nosotros solo es un lugar de prueba : luego hay una vida eterna , cuya consideracion debe elevarnos sobre todas las cosas terrenas. Hé aqui en sumario la exposicion de la primera parte , en que os dixé : hay una eternidad ; luego respecto de nosotros todas las cosas tem-

porales son nada. Reflexemos brevemente sobre algunas de estas ilaciones.

¿Quién de vosotros negará que desea ser feliz? Estos gritos al nacer, estas lágrimas, esta debilidad de la infancia, esta audáz indocilidad y presuncion, estos deseos extravagantes de una adolescencia intratable; los contratiempos, peligros y desgracias en la edad viril; esta caduquéz y retorno á la edad de los niños, herencia infeliz de una vejez incómoda y lastimosa; ¿son estas cosas por ventura, dice un sabio orador, la felicidad que vuestro corazon desea? ¿Podrá causárosela la viveza de vuestro entendimiento? ¿Ah! entrad á formar idea exácta de la menor criatura que os rodea, y solo encontraréis una nube opaca, llena de obscuridades é incertidumbres. Desenvolved, si os parece, la naturaleza, y quedaréis de ordinario convencidos, que vuestros descubrimientos, si no son

antiguos errores del espíritu humano, son mas propios á instruiros en la vanidad que en los efectos y propiedades de la naturaleza. No olvidéis que Salomón, el mas sabio de los mortales, despues de haber disputado de todas las cosas desde el cedro que produce el monte Líbano, hasta el hisopo que nace en las paredes, en todo halló vanidad y afliccion de espíritu.

Si del entendimiento haceis tránsito al corazon, hallaréis igual desencanto. Estas pasiones fogosas, inagotable origen de enojos, de tristeza, de inquietudes; estas inclinaciones violentas, que nos separan con frecuencia del camino de la virtud y nos conducen al de la perdicion; los asaltos de la concupiscencia, y las ridículas extravagancias de una imaginacion imperiosa, que de ordinario cautiva el corazon, la razon y los sentidos, ¿es este el lleno de vuestra felicidad? ¿Llenan vuestros gustos y placeres el

alma? ¿corresponden ellos al deseo que teneis de ser felices? Es verdad que, á imitacion de nuestros primeros padres, conocemos nuestra excelencia. El hombre fue formado para conocer y poseerlo todo; mas quiere conseguirlo antes de tiempo, y gozar de lo que es recompensa en el lugar de la prueba. En efecto nuestros primeros padres, impacientes por ser felices, estendieron su mano al árbol prohibido, comieron de su fruta, y solo consiguieron que se abriesen sus ojos para conocer su desnudez y su miseria: *aperti sunt oculi eorum*. Á este modo pues cuando corremos en pos de un fantasma de riquezas, de placeres, de honores; al tocarlo, su goce mismo extingue el deleite y pasa á manera de un sueño que ha embriagado los sentidos: *dormierunt somnum suum*: al despertar abren sus ojos, y nada hallan entre sus manos: *nihil invenerunt*. ¿Es esta la felicidad á que aspira vuestro corazon?

¿Qué mas? Todo en esta vida es caduco, todo perecedero. El aire que respirais, los alimentos que os sostienen, las estaciones que se suceden, todo os anuncia vuestra disolucion. ¡Estrechas amistades, nuevos y ventajosos enlaces, honores y riquezas, jamas podreis vosotras detener nuestra rápida carrera al sepulcro! Solo podreis, señores, decir con Jonatás: *no he gustado mas que una gota de miel, y ya muero*. El tiempo es un torbellino que arrebatá al hombre, inexorable á sus quejas y suspiros, sin dexarle otro consuelo al arrancarlo de sus placeres, que decir con el infeliz Antíoco: *hé aqui muero: ecce morior*.

Vosotros, impíos, dice un sabio apologista, pretendéis tambien ser felices. Oigo vuestros gritos confusos, y en medio de una loca embriaguez, una junta disoluta de bacanales y bacantes que clama: *entreguemos hoy nuestro corazon á una alegría sin lí-*

mites; coronémonos de rosas antes que se marchiten; preparemos placeres, que la muerte se acerca, y dentro de poco no existiremos. ¡Qué contradicción, qué estupidez, querer ser felices sin temer la pérdida de la verdadera felicidad! ¡Ah, la espada está suspendida sobre vuestra cabeza, y solo pende de un hilo; vosotros la veis, y va á caer en medio del festín! ¿Queréis persuadirnos á que podeis gozar tranquilos estas delicias? Cotejad con vuestro sistema, os ruego, alguno de los atributos de la divinidad. ¿Qué, un Dios bueno me habrá criado para hacerme infeliz? ¿Un Dios sabio me habrá infundido esta violenta pasión de ser feliz para aumentar mi suplicio? ¿Un Dios santo me habrá señalado por objeto final unos placeres, que por la mayor parte no puedo gozar sin quebrantar sus mas sagrados derechos?

¡Ah, señores! Solo el dogma de una otra vida puede dar solución á

estos enigmas. La certeza de una vida eterna debe inspirarnos el menosprecio de todo lo temporal; porque en comparacion de la eternidad ¿qué es la vida del hombre, sus bienes, sus honores, el mundo todo? Yo os permito deseis la envidiable vida de los patriarcas por su larga duracion, y que el Señor os conceda excederlos en años. Pero estos siglos al fin pasaron. ¿Dónde estan ahora nuestros padres, que vieron pasar sobre sí la revolucion de tantos siglos? ¡O sombra de nuestra vida, ligero sueño, yerbas fértiles, qué poco subsistís en nuestros campos! Criaturas por la parte mas noble inmortales ¿merece vuestra atención esta flor, que se abre por la mañana, y á la tarde se cierra y desvanece? ¿Cómo poneis pues todo el conato en conservar esta porción fugitiva de vuestro ser? Esta vida será otra cosa que la duracion de vuestro cuerpo? Cuando ésta termine, ¿no se levantará sobre los des-

pojos de una tan vil materia vuestra alma? Ella verá alterarse su cuerpo, corromperse y tomar diferentes formas; pero siempre incorruptible, inmortal, superior á toda vicisitud, sin mudar de propiedad ni de naturaleza. Conocer y amar es su vida; y para perderla es necesario pierda los objetos de su conocimiento y de su amor. Sus objetos son el Dios eterno é inmutable, y los demas espíritus inmortales como ella. ¿Qué la importa lo que vendrá á ser su cuerpo, si ella ha de vivir para siempre? ¿A qué fin pues cuidar con tanto esmero, adornar é idolatrar á este cuerpo corruptible, mirando con indiferencia al alma, que es inmortal? ¿qué inconsecuencia, que insensatez, qué delirio! ¿Qué os parece este gran teatro del mundo, este brillante coloso con todas sus decoraciones, honores, delicias y riquezas? Respecto de la inmortalidad es nada; menos que un ardite respec-

to de millones de oro; menos que una choza respecto de un vasto palacio; que una gota de agua respecto del oceano; para decirlo de una vez, comparad la distancia que hay entre lo finito y lo infinito, y esta es la que se halla entre la vida presente y la eterna. Mas por despreciable, por vil que sea el tiempo, él es el precio de la eternidad: segunda parte del discurso. Seguidme atentos.

II. ¡O tiempo! ¿qué podré yo decir de la velocidad y rapidéz de tu carrera? Tú vuelas, tú acabas sin que yo lo perciba. Cuando aqui hablo, solo siento que has pasado. ¿Pero qué digo? Si por mas velóz que el tiempo corra, no se nos da sino por partes. ¿Qué se ha hecho, os ruego, del pasado? El futuro aún no existe, ni sabemos si tiene relacion á nosotros. ¿Es el presente del que quereis gozar? ¡Ah! el momento en que os acabo de hablar ya no

existe. De ordinario nos quejamos de su brevedad; y nuestro lamento en esta parte solo sirve de perderlo. Si conocemos pues que es corto, ¿porqué no tratamos de aprovecharlo? pues al fin por despreciable que parezca en sí mismo, él es precio de la eternidad; es decir, nos es dado para que, mediante la gracia de Jesucristo, merezcamos una feliz eternidad.

Prescindamos pues de racionios filosóficos, y oigamos la palabra de Dios, que es la única que puede ilustrar esta importante materia. Segun ella nuestras almas son espíritus substancialmente distintos de la materia: substancias superiores á todo ser material; por consiguiente sus objetos deben ser de una naturaleza distinta del todo de las substancias sensibles que nos rodean: substancias, para decirlo de una vez, cuya vida es conocer y amar. De aquí se sigue que pueden obrar y vivir mientras subsistan sus objetos. Si estos son in-

mortales, como reflexiona un sabio, vivirán eternamente. Pero aun cuando estos racionios sean concluyentes, como Dios que las crió puede aniquilarlas, todo al fin depende de su voluntad en orden á su estado despues de separarse del cuerpo. ¿Y qué ha dicho el Señor? ¿qué nos ha revelado acerca de ellas? ¡Ah! fixad aqui toda vuestra atencion.

Todo el sistema de la religion conspira á demostrar lo que dexo insinuado. Sin la verdad de una vida eterna en vano naceria Jesucristo, en vano padeceria, en vano moriria, en vano resucitaria. Sin ella ¿á qué fin las promesas y amenazas? Sin ella nuestros libros santos, que nos hablan de la creacion, de la caida y degradacion del primer hombre, de nuestro pecado original &c.; todo se miraria como una quimera, como un tejido de fábulas. La fe de los patriarcas seria una lamentable ilusion, la constancia de los mártires una ce-

guedad, un fanatismo. Consultemos pues los libros santos, que ellos nos informarán de lo que debe suceder al alma al separarse de su cuerpo y entrar en la eternidad.

Acabada esta vida entraremos todos en una vida nueva. Esta sola idea tranquilizaba al Rey profeta al ver la felicidad temporal de los impíos y la opresion de los justos. La misma reflexion hacia el Eclesiástico. Segun ellos, el justo juicio de Dios despues de la muerte lo restablecerá todo en orden para la nueva vida que debe entonces comenzar. Cuando Jesucristo nos exhorta á no temer á los que en ódio suyo quieran privarnos la vida del cuerpo, porque al alma no pueden, ¿no es alentarnos con la esperanza de una nueva vida que debe empezar despues de esta?

Esta nueva vida ó será de alegría, de dulzura y delicias, ó de suplicio y de dolores. No hay estado medio segun las escrituras. El purgatorio es

un lugar de paso; pero en las mansiones de la eternidad todo es fijo, todo inmutable: de una parte mansion de tinieblas y de horror sempiterno, habitacion de los ángeles rebeldes, donde el fuego encendido por la ira de Dios, jamas se extinguirá: de otra un tabernáculo, cuya riqueza es superior á los tesoros del universo, de donde la muerte, el dolor y toda incomodidad será desterrada, donde no habrá vicisitud alguna. Pero no debe perderse de vista que á cualquiera parte que el árbol caiga ha de permanecer eternamente; ni debe jamas olvidarse que el estado de cada uno se fixará conforme á sus obras. En esta vida nueva todo es recompensado. El impio lo será de su iniquidad, dice el Eclesiástico. El imperio eterno, la diadema de gloria y de honor será el premio de la virtud; porque la corona que Dios dará á sus escogidos será de justicia, segun S. Pablo.

¿ Y qué concluye de aquí el Apóstol? que nos apresuremos á seguir el camino recto de la justicia para obtener el premio y la corona; que no nos paremos á gozar las delicias de esta vida si queremos conseguir las eternas; que aprovechemos el tiempo, siguiendo el esplendor de la luz que nos ilumina; porque si la muerte nos sorprende en las tinieblas y en la noche eterna, ya no hay tiempo ni bien alguno que esperar; cesó el tiempo de merecer, y todo es ya perdido. Allí será el clamor y el rechino de dientes, dice Jesucristo: aquí la desesperacion del pecador: luego erré, dirá, luego erré el camino de la verdad; caed montes sobre mí. En aquel momento, como un baxél que sulca los mares, sin dexar señal de su carrera sobre las aguas, ó á manera de un ave que gira por los aires, sin manifestar la senda de su vuelo, pasa y desaparece el tiempo, sin dexar vestigio alguno de su

existencia. Todo el honor, el poder, las riquezas y delicias de esta vida, han venido á ser como una ligera espuma del agua, que el aire ha dispersado. ¡Pecadores, exclama un sabio, vuestras obras serán exáminadas y pesadas en la balanza de la divina justicia: vosotros habeis desaparecido de sobre la tierra; pero vais á entrar en la eternidad! En atencion pues á que despues de la muerte no hay obras meritorias, apresuraos á hacerlas en tiempo, que aunque este es breve, puede bastaros para entrar en una feliz eternidad.

Como no fuimos únicamente criados para manejar y adelantar los negocios del mundo, las mas veces nos falta el tiempo para llevarlos á su perfeccion y complemento. La carrera de las letras, la de los honores de la milicia, la política, la diplomática, los cálculos y especulaciones del comercio, la instruccion en las leyes del estado y del gobierno pi-

den mucha aplicacion, muchas meditaciones, mucho estudio, y á veces falta el tiempo preciso para tan larga carrera y tan vastos proyectos. Pero habiendo sido hechos para merecer la eternidad, para cuyo efecto se nos ha dado el tiempo de esta vida, por corto que nos parezca, para el fin basta. Como para merecer la eternidad feliz no es menester grandes filósofos ni teólogos, la cosa es fácil con la gracia de Dios: basta creer y obrar. No son necesarios largos y elocuentes raciocinios, ni profundas especulaciones, para dexar las sendas de la iniquidad, y entrar por las de la salud. Un corazón contrito y humillado halla en breve el secreto de corregir sus yerros, de llorar sus pecados con espíritu de penitencia; de reconciliarse con Dios; de adherirse al Señor, y de observar su ley santa; para lo cual bastó un momento á David, y muy pocos á Pedro, á Paulo, y á la Magdalena. Un solo momen-

to pues puede bastar para merecer la vida eterna, y un solo instante es suficiente para perderla, y ser aplicados á un eterno suplicio.

Yo bien sé; falsos filósofos! que vuestra razon se escandaliza al oír esta asercion, que teneis por paradoxa. Decís que no podeis comprender sea Dios exáctor tan severo que castigue con un suplicio eterno una accion momentánea. ¿Qué proporcion tiene, añadís, un pecado que dura un instante, con una eternidad de suplicios? Aplicaos, os ruego, á oír la solucion de vuestro frívolo argumento. En primer lugar hállase esta proporcion en la aceptacion libre que vosotros haceis. Una pena es siempre proporcionada al crimen, cuando el reo se somete á ella. Nosotros en efecto, como legados de Jesucristo, os amenazamos diariamente con ella por la infraccion grave de cualquiera de los preceptos de Dios ó de su Iglesia. Cuidamos no ignoreis las acciones que

os pueden hacer reos de esta pena ante el tribunal de Dios. Nuestras instrucciones y amenazas no producen de ordinario fruto alguno. Vosotros correis libres á la ocasion, al libertinage, al precipicio. Luego os sometéis voluntarios á la pena.

En segundo lugar, esta pena es necesaria; porque todo castigo es justo y necesario cuando tiene por objeto la obediencia á la ley de Dios, justo por esencia. Y bien, ¿qué haríamos si las penas del infierno no fueran eternas? ¿Basta por ventura la misma eternidad de ellas para poner á cubierto de insultos la ley del Señor? ¿Hasta el presente ha sido la idea de esta eternidad capaz de penetrar vuestros corazones de un verdadero temor? ¡Ah! ¿qué seria si no creyeseamos eternas estas penas? ¿qué catástrofe universal? ¿qué inversion de ideas no produciria en la sociedad este pensamiento? Formad juicio de esta verdad por lo que aca-

ba de experimentar nuestra patria, y aun la Europa toda, de resultas del delirio de los falsos filósofos, que afectan no creer la eternidad de las penas. ¿Qué derecho sagrado, civil, político y de gentes no han violado? Es pues justa y necesaria la eternidad de las penas, á que Dios destina á los impíos, para que á lo menos sirvan de freno á los contraventores de sus leyes.

La tercera proporcion de la pena al crimen se demuestra por la que el castigo tiene con la recompensa. El exceso de la misericordia refuta las objeciones que se hacen sobre el rigor de la justicia. Eternidad de penas al que mortalmente peca contra la ley. ¿No es esto, dice un apolo-gista de la religion, no es esto, hermanos errantes, lo que os escandaliza? Eternidad de recompensa de honor y de gloria al que en un instante se arrepiente y se convierte á Dios, cooperando á su gracia, como el buen

Ladron. Hé aqui confundida vuestra incredulidad. Además, el pecado grave que de pensamiento, palabra ú obra cometéis contra Dios, encierra en sí, ó se reviste de una infinita malicia, por ser ofensa de un Dios, cuyo sér es infinito y eterno. ¿Porqué, os ruego, no corresponderá á la ofensa una pena eterna ó sin fin? ¿No corresponde una corona eterna de justicia al buen empleo del tiempo y observancia de la ley de Dios, segun las divinas escrituras? ¿Dónde está aqui la improporcion?

Ruegoos pues, señores, que aprovecheis el tiempo, sin perder jamas de vista la eternidad. Mientras veis la luz seguidla, antes que os comprendan las tinieblas. Este es vuestro tiempo aceptable y el dia de vuestra salud. Hora es ya que despertéis del profundo letargo que os aturde: huid en tiempo de la ira futura, antes que la trompeta del juicio os despierte para encaminaros á un abismo inter-

minable de penas. Si el tiempo es breve, como os he demostrado y la experiencia lo acredita; si es fugáz, si es nada respecto de la eternidad, concluid con el Apóstol, que los bienes de esta vida ni los placeres del mundo deben ocupar vuestro corazon. Si el mundo pasa en figura, como un ligero sueño, ó como el vuelo rápido de un ave, detestad sus pompas y vanidades, de las cuales hicisteis solemne renuncia en el sacro Bautismo. Si todo lo que en el mundo hay no es capaz de llenar vuestro ardiente deseo de ser felices, buscad la fuente de la verdadera felicidad, que es Dios, para quien fuisteis criados, y el único que puede saciar completamente vuestro apetito, apareciendo en su gloria. Si respecto de la eternidad el tiempo es nada, meditat que es el precio de ella misma, y que mientras nos dura, es el único momento de obrar nuestra salud. Si pasa al fin como sombra, apresuraos á buscar la

